



El Príncipe Zafir y la Princesa Lina

Escrito por Las Mil y Una Noches

Traducción por Joaquín de la Sierra

Joaquín Sierra



© 2024. Heroe.com.

Todos los derechos reservados.

Introducción

El relato "El Príncipe Zafir y la Princesa Lina" es una encantadora historia que se inscribe en el espíritu de Las mil y una noches, la célebre recopilación de cuentos de la tradición árabe. Esta narración aborda temas recurrentes en la literatura árabe clásica, como el amor predestinado, la resistencia a la autoridad paterna y las pruebas que los amantes deben superar para estar juntos. A través de elementos mágicos como genios y hadas, se exploran valores culturales profundos como la paciencia, la lealtad y la búsqueda del verdadero amor. La presencia de fuerzas sobrenaturales que intervienen en la vida humana y el énfasis en el destino reflejan las tradiciones y creencias de la sociedad árabe medieval.

El Príncipe Zafir y la Princesa Lina

A unos veinte días de navegación desde la costa de Persia se encuentran las islas de Zharimah. Las islas se dividen en varias provincias, en cada una de las cuales hay grandes ciudades florecientes, y en su conjunto forma un reino importante. En tiempos remotos fue gobernada por un rey llamado Schahzaman, quien, con toda razón, se consideraba uno de los monarcas más pacíficos, prósperos y afortunados de la tierra. De hecho, solo tenía un pesar, y era que ninguna de sus cuatro esposas le había dado un heredero.

Esto le angustiaba tanto que un día confió su pena al gran visir, quien, siendo un consejero sabio, le dijo:

—Tales asuntos, en verdad, están más allá de la ayuda humana. Solo Alá puede conceder su deseo, y le aconsejaría, señor, enviar grandes dones a aquellos hombres santos que pasan sus vidas en oración, y rogar por sus intercesiones. ¡Quién sabe si sus peticiones no serán respondidas!

El rey siguió el consejo de su visir, y el resultado de tantas oraciones por un heredero al trono fue que al año siguiente le nació un hijo.

Schahzaman envió nobles regalos como ofrendas de agradecimiento a todas las mezquitas y casas religiosas, y se celebraron grandes festejos en honor al nacimiento del pequeño príncipe, que era tan hermoso que lo nombraron Zafir, o «Victorioso».

El príncipe Zafir fue criado con extremo cuidado por un excelente gobernador y los maestros más hábiles, y les hizo tanto honor que cuando creció, no se podía encontrar un joven más encantador y culto. Mientras aún era joven, el rey, su padre, que lo amaba tiernamente, tuvo algunos pensamientos de abdicar en su favor. Como de costumbre, discutió sus planes con su gran visir, quien, aunque no aprobaba la idea, no expresó todas sus objeciones.

—Señor,— respondió, —el príncipe es todavía muy joven para las responsabilidades del estado. Su Majestad teme que se vuelva ocioso y descuidado, y sin duda tiene razón. Pero ¿qué tal si primero se casa? Esto lo ataría a su hogar, y Su Majestad podría darle una parte en sus consejos, de modo que gradualmente aprenda a llevar una corona, la cual podrá cederle cuando lo considere capaz de llevarla.

El consejo del visir una vez más le pareció bueno al rey, y llamó a su hijo, quien no tardó en obedecer la orden, y permaneciendo respetuosamente con los ojos bajos ante el rey, esperó sus mandatos.

—Te he llamado,— dijo el rey, —para decirte que deseo que te cases. ¿Qué piensas al respecto?

El príncipe quedó tan anonadado por estas palabras que permaneció en silencio por un tiempo. Finalmente, dijo:

—Padre, le ruego que me perdone si no puedo responder como usted quisiera. Ciertamente no esperaba tal propuesta, ya que aún soy muy joven, y confieso que la idea de casarme me resulta muy desagradable. Posiblemente no siempre piense así, pero ciertamente siento que tomará un tiempo para inducirme a dar el paso que usted desea.

Esta respuesta afligió profundamente al rey, quien estaba sinceramente entristecido por la objeción de su hijo al matrimonio. Sin embargo, no quiso recurrir a medidas extremas, así que dijo:

—No deseo forzarte; te daré tiempo para reflexionar, pero recuerda que tal paso es necesario para un príncipe como tú, que algún día será llamado a gobernar un gran reino.

Desde entonces, el príncipe Zafir fue admitido en el consejo real, y el rey le mostró todas las muestras de favor.

Al cabo de un año, el rey llamó a su hijo aparte y le dijo:

—Bueno, hijo mío, ¿has cambiado de parecer sobre el matrimonio, o aún te niegas a cumplir mi deseo?

El príncipe estaba menos sorprendido, pero no menos firme que en la ocasión anterior, y suplicó a su padre que no insistiera en el tema, añadiendo que era completamente inútil presionarlo más.

Esta respuesta afligió mucho al rey, quien nuevamente confió su problema a su visir.

—He seguido su consejo —dijo—; pero Zafir se niega a casarse y es más obstinado que nunca.

—Señor —respondió el visir—, usted gana mucho siendo paciente, y su Majestad podría lamentar cualquier acto de violencia. ¿Por qué no esperar un año más y luego informar al príncipe en medio del consejo reunido que el bien del estado exige su matrimonio? No podrá negarse ante tan distinguida asamblea, especialmente durante nuestra presencia.

El Sultán deseaba ardientemente ver a su hijo casado de inmediato, pero cedió a los argumentos del visir y decidió esperar. Luego visitó a la madre del príncipe y, después de contarle su decepción y el nuevo plazo que le había dado a su hijo, añadió:

—Sé que Zafir confía más en ti que en mí. Te ruego que le hables muy seriamente sobre este tema y le hagas darse cuenta de que me disgustará profundamente si sigue siendo obstinado, y que sin duda lamentará las medidas que me veré obligado a tomar para hacer cumplir mi voluntad.

Cuando la sultana Fátima vio a su hijo, le dijo que había escuchado sobre su negativa a casarse y añadió lo angustiada que se sentía por haber irritado tanto a su padre. Le preguntó sobre las razones que tenía para oponerse a obedecer.

—Madre —respondió el príncipe—, no tengo duda de que hay tantas mujeres buenas, virtuosas, dulces y amables como hay otras muy diferentes.

¡Ojalá todas fueran como tú! Pero lo que me repugna es la idea de casarme con una mujer sin saber nada de ella. Mi padre pedirá la mano de la hija de algún soberano vecino, quien dará su consentimiento a nuestra unión. Sea ella hermosa o espantosa, inteligente o estúpida, buena o mala, debo casarme con ella, y no tengo opción en el asunto. ¿Cómo sabré que no será orgullosa, apasionada, desdeñosa y extraordinariamente extravagante, o que su disposición se acomode de alguna forma a la mía?

—Pero, hijo mío —insistió Fátima—, seguramente no deseas ser el último de un linaje que ha reinado tanto tiempo y tan gloriosamente sobre estas tierras.

—Madre —dijo el príncipe—, no deseo sobrevivir al rey, mi padre, pero si llegara a hacerlo, trataré de reinar de una manera que sea considerada digna de mis predecesores.

Estas y conversaciones similares demostraron al Sultán lo inútil que era discutir con su hijo, y transcurrió el año sin que se produjera ningún cambio en las ideas del príncipe.

Finalmente, llegó el día en que el Sultán lo convocó ante el consejo y allí le informó que no solo sus propios deseos, sino también el bien del imperio, demandaban su matrimonio, y le pidió que diera su respuesta ante los ministros reunidos.

Ante esto, Zafir se molestó mucho y habló con tanto ardor que el rey, irritado naturalmente por ser contradicho por su hijo en pleno consejo, ordenó que detuvieran al príncipe y lo encerraran en una antigua torre, donde solo tenía muy pocos muebles, algunos libros y un único sirviente para atenderlo.

Zafir, complacido de estar libre para disfrutar de sus libros, mostró mucha indiferencia a su sentencia.

Cuando llegó la noche, se purificó con agua, realizó sus oraciones y, tras leer algunas páginas del Corán, se recostó en un diván sin apagar la luz cercana. Poco después, el sueño lo envolvió.

En la torre donde estaba encarcelado el príncipe Zafir había un pozo profundo, y este pozo era un lugar favorito de la hada Maimuna, hija de

Damriat, jefe de una legión de genios. Hacia la medianoche, Maimuna flotó suavemente desde el pozo, con la intención, según su costumbre, de pasear por el mundo superior impulsada por la curiosidad o el azar.

La luz en la habitación del príncipe la sorprendió, y sin despertar al sirviente que dormía en el umbral, entró en la habitación, y al acercarse a la cama, se sorprendió aún más al encontrarla ocupada.

El príncipe yacía con el rostro medio oculto por la colcha. Maimuna la levantó un poco y contempló al joven más hermoso que jamás había visto. —¡Qué maravilla de belleza debe ser cuando tiene los ojos abiertos! —pensó—. ¿Qué habrá hecho para merecer ser tratado así?

No se cansaba de mirar a Zafir, pero finalmente, después de besarle suavemente la frente y cada mejilla, volvió a colocar la colcha y reanudó su vuelo por el aire. Al llegar a la región media, oyó el sonido de grandes alas acercándose hacia ella, y en poco tiempo se encontró con uno de la raza de los genios malvados. Este genio, cuyo nombre era Danhasch, reconoció a Maimuna con terror, pues sabía la supremacía que su bondad le otorgaba sobre él. Con gusto habría evitado por completo el encuentro, pero estaban tan cerca que debía estar preparado para luchar o rendirse ante ella, así que de inmediato le dirigió la palabra en tono conciliador: —Buena Maimuna, júrame por Alá que no me harás daño, y por mi parte prometo no herirte.

—¡Maldito genio! —respondió Maimuna—, ¿qué daño puedes hacerme? Pero concederé tu deseo y haré esa promesa. Y ahora dime qué has visto y hecho esta noche.

—Amable dama —dijo Danhasch—, me encuentras en el momento adecuado para oír algo realmente interesante. Debo contarte que vengo del extremo más lejano de China, que es uno de los reinos más grandes y poderosos del mundo. El rey actual tiene una única hija, que es tan perfectamente hermosa que ni tú, ni yo, ni ninguna otra criatura podría encontrar términos adecuados para describir sus maravillosos encantos. Por lo tanto, debes imaginarte los rasgos más perfectos, unidos a una tez brillante y delicada, y una expresión encantadora, y aun así la imaginación no alcanzará la realidad.

—El rey, su padre, ha protegido cuidadosamente este tesoro de las miradas vulgares y ha tomado todas las precauciones para mantenerla alejada de la vista de todos, excepto del feliz mortal que pueda elegir como su esposo. Pero para darle variedad en su confinamiento, le ha construido siete palacios como nunca se han visto antes. El primer palacio está completamente compuesto de cristal de roca, el segundo de bronce, el tercero de acero fino, el cuarto de otra especie de bronce aún más preciosa, el quinto de piedra imán, el sexto de plata y el séptimo de oro macizo. Todos están lujosamente amueblados, mientras que los jardines que los rodean están diseñados con exquisito gusto. De hecho, ni el esfuerzo ni el costo se han escatimado para hacer este retiro agradable para la princesa. La noticia de su maravillosa belleza se ha esparcido por todas partes, y muchos reyes poderosos han enviado embajadas para pedir su mano en matrimonio. El rey siempre ha recibido estas embajadas con agrado, pero dice que nunca obligará a la princesa a casarse en contra de su voluntad, y como ella regularmente declina cada nueva propuesta, los enviados han tenido que partir tan decepcionados por el resultado de sus misiones como complacidos por sus magníficas recepciones.

—Señor —dijo la princesa a su padre—, deseas que me case, y sé que deseas complacerme, por lo cual estoy muy agradecida. Pero, en verdad, no tengo ninguna inclinación a cambiar mi estado, pues ¿dónde podría encontrar una vida tan feliz en medio de tantos alrededores hermosos y encantadores? Siento que nunca podría ser tan feliz con ningún esposo como lo soy aquí, y te ruego que no insistas en ello.

Finalmente, un día llegó una embajada de un rey tan rico y poderoso que el emperador de China se vio forzado a insistir nuevamente en la propuesta frente a su hija. Le explicó lo importante que sería tal alianza y la instó a consentir. De hecho, la presionó tan persistentemente que la princesa finalmente perdió la paciencia y se olvidó completamente del respeto debido a su padre.

—Señor —exclamó ella enojada—, no hable más de este ni de ningún otro matrimonio o me clavaré este puñal en el pecho para escapar de todas estas importunidades.

El rey de China se indignó enormemente con su hija y contestó:

—Has perdido la razón y debes ser tratada en consecuencia.

Así que la encerró en un conjunto de habitaciones en uno de sus palacios y solo le permitió la compañía de diez ancianas, de las cuales su nodriza era la jefa. Luego envió cartas a todos los reyes que habían solicitado la mano de la princesa, rogando que no pensarán más en ella, pues estaba completamente loca, y deseando que sus diferentes enviados hicieran saber que cualquier persona que pudiera curarla se casaría con ella.

—Dulce Maimuna —continuó Danhasch—, esta es la situación actual. No pasa un día sin que vaya a contemplar esta belleza incomparable, y estoy seguro de que si me acompañaras pensarías que la vista vale la pena el esfuerzo, y reconocerías que nunca has visto tal hermosura antes.

El hada solo contestó con una carcajada, y cuando finalmente pudo controlar su voz, exclamó:

—¡Oh, vamos, te estás burlando de mí! Pensaba que tenías algo realmente interesante que contarme en vez de divagar sobre alguna damisela desconocida. ¿Qué dirías si pudieras ver al príncipe que acabo de contemplar y cuya belleza es realmente trascendente? Eso sí que es algo de lo que vale la pena hablar, sin duda perderías la cabeza.

—Encantadora Maimuna —preguntó Danhasch—, ¿puedo saber quién y qué es el príncipe de quien hablas?

—Es un joven que —contestó Maimuna—, está en una situación muy similar a la de tu princesa. El rey, su padre, quería forzarlo a casarse, y al negarse el príncipe a obedecer, ha sido encarcelado en una vieja torre donde acabo de verlo.

—No me gusta contradecir a una dama —dijo Danhasch—, pero realmente debes permitirme dudar que exista algún mortal tan bello como mi princesa.

—¡Silencio! —exclamó Maimuna—. Repito que es imposible.

—Bueno, no quiero parecer obstinado —contestó Danhasch—, el mejor plan para probar la verdad de lo que digo será que permitas que te lleve a ver a la princesa por ti misma.

—No hay necesidad de eso —contestó Maimuna—; podemos satisfacernos de otra manera. Trae a tu princesa aquí y colócala junto a mi príncipe. Entonces podremos compararlos a gusto y decidir quién tiene razón.

Danhasch consintió, y después de que le señalaran la torre donde estaba confinado el príncipe y de hacer una apuesta con Maimuna sobre el resultado de la comparación, voló hacia China para traer a la princesa. En un tiempo increíblemente corto, Danhasch regresó, llevando a la princesa dormida. Maimuna lo guio hasta la habitación del príncipe, y la belleza rival fue colocada junto a él.

Cuando el príncipe y la princesa yacían así uno al lado del otro, surgió una disputa animada sobre sus respectivos encantos entre el hada y el genio. Danhasch comenzó diciendo:

—Ahora ves que mi princesa es más hermosa que tu príncipe. ¿Puedes dudar?

—¡Dudar! Por supuesto que sí —exclamó Maimuna—. ¡Vaya, debes estar ciego para no ver cuánto sobresale mi príncipe sobre tu princesa! No niego que tu princesa es muy hermosa, pero solo mira y debes reconocer que tengo razón.

—No hay necesidad de mirar más tiempo —dijo Danhasch—, mi primera impresión seguirá siendo la misma; pero, por supuesto, encantadora Maimuna, estoy dispuesto a ceder si insistes en ello.

—De ninguna manera —respondió Maimuna—. No tengo intención de estar en deuda con un genio maldito como tú. Remito el asunto a un árbitro y esperaré que te sometas a su veredicto.

Danhasch aceptó de buen grado, y cuando Maimuna golpeó el suelo con su pie, este se abrió, y un genio horrendo, jorobado, cojo, bizco y con seis cuernos en la cabeza, y manos como garras, emergió. Tan pronto como vio a Maimuna, se arrojó a sus pies y le preguntó qué órdenes tenía para él.

—Levántate, Caschcasch —dijo ella—. Te llamé para que juzgues entre Danhasch y yo. Mira aquel diván y di sin parcialidad alguna si crees que el joven o la doncella que allí están acostados son más hermosos.

Caschcasch miró al príncipe y a la princesa con claros signos de sorpresa y admiración. Finalmente, después de observar largo rato sin poder tomar una decisión, dijo:

—Señora, debo confesar que la engañaría si declarara que uno es más hermoso que el otro. Me parece que solo hay una forma de resolver el asunto, y es despertándolos uno después del otro y juzgar cuál de ellos expresa mayor admiración por el otro.

Este consejo agradó a Maimuna y a Danhasch, y el hada de inmediato se transformó en un mosquito y, asentándose en la garganta de Zafir, lo picó tan fuerte que lo despertó. Al abrir los ojos, vio a la princesa de China. Sorprendido de encontrar a una dama tan cerca de él, se incorporó sobre un brazo para mirarla. La juventud y belleza de la princesa despertaron en él un sentimiento que hasta ese momento su corazón no había conocido, y no pudo contener su deleite.

—¡Qué hermosura! ¡Qué encantos! ¡Oh, mi corazón, mi alma! —exclamó, mientras besaba su frente, sus ojos y su boca de una manera que ciertamente la habría despertado de no ser por los hechizos del genio que la mantenían dormida—. ¿Cómo es posible, bella dama —exclamó—, que no despiertes con las señales de amor de Zafir? Sea quien seas, él no es indigno de ti.

De repente se le ocurrió que tal vez esta era la novia que su padre había destinado para él, y que el Rey probablemente la había colocado en esta habitación para ver hasta qué punto la aversión de Zafir al matrimonio resistiría sus encantos.

—En todo caso —pensó—, tomaré este anillo como recuerdo de ella.

Diciendo esto, sacó un hermoso anillo que la princesa llevaba en el dedo, y lo reemplazó por uno suyo. Después, volvió a acostarse y pronto se quedó dormido.

Entonces Danhasch, a su vez, tomó la forma de un mosquito y picó a la princesa en el labio.

La princesa se despertó de un sobresalto, y no poco asombrada al ver a un joven a su lado. De la sorpresa pasó pronto a la admiración, y luego al deleite al percibir lo apuesto y encantador que era.

—¿Por qué —exclamó— no me dijo mi padre que deseaba que me casara contigo? ¡Qué mala suerte no haberlo sabido antes! No lo habría enfadado tanto. Pero ¡despierta, despiértate, porque sé que te amaré con todo mi corazón!

Diciendo esto, sacudió a Zafir tan violentamente que solo los hechizos de Maimuna pudieron evitar que se despertara.

—¡Oh! —exclamó la princesa—. ¿Por qué estás tan adormilado?

Al decir esto, tomó su mano y notó que llevaba su propio anillo en el dedo, lo que la hizo asombrarse aún más. Pero como él aún permanecía en un profundo sueño, le dio un beso en la mejilla y pronto se volvió a dormir profundamente.

Entonces Maimuna, mirando al genio, dijo:

—Bien, ¿estás satisfecho de que mi príncipe supera a tu princesa? La próxima vez, por favor, créeme cuando afirme algo.

Luego, volviéndose hacia Caschcasch, dijo:

—Mis gracias a ti, y ahora, tú y Danhasch lleven a la princesa de vuelta a su hogar.

Los dos genios se apresuraron a obedecer, y Maimuna regresó a su pozo.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo el príncipe Zafir al despertar fue buscar a la encantadora dama que había visto durante la noche, y lo siguiente, interrogar al sirviente que lo atendía al respecto. Pero el sirviente insistió tan enfáticamente en que no sabía nada de ninguna dama, y mucho menos de cómo había llegado a la torre, que el príncipe perdió toda paciencia. El príncipe, enfadado, lo sumergió en el pozo hasta que el desafortunado hombre gritó que lo confesaría todo. Entonces, el príncipe lo sacó, empapado de agua, pero el sirviente pidió permiso para cambiarse de ropa primero, y tan pronto como el príncipe consintió, el sirviente se apresuró, tal como estaba, hacia el palacio. Allí encontró al rey hablando con el gran visir sobre toda la ansiedad que su hijo le había causado. El sirviente fue admitido de inmediato y exclamó:

—¡Ay, Señor! Traigo malas noticias a Su Majestad. No cabe duda de que el príncipe ha perdido completamente la razón. Asegura que anoche vio a una dama durmiendo en su lecho, y el estado en que me ves prueba lo violento que se vuelve con la contradicción.

Luego dio un relato minucioso de todo lo que el príncipe había dicho y hecho.

El rey, muy conmovido, rogó al visir que indagara sobre esta nueva desgracia, y este se dirigió de inmediato a la torre, donde encontró al príncipe tranquilamente leyendo un libro. Después de los primeros saludos, el visir dijo:

—Me siento realmente muy enojado con tu sirviente por alarmar a Su Majestad con las noticias que le trajo.

—¿Qué noticias? —preguntó el príncipe.

—¡Ah! —respondió el visir—, algo absurdo, estoy seguro, dado cómo te encuentro.

—Lo más probable —dijo el príncipe—; pero ahora que estás aquí, me alegra la oportunidad de preguntarte dónde está la dama que durmió en esta habitación anoche.

El gran visir se sintió fuera de sí con esta pregunta.

—¡Príncipe! —exclamó—, ¿cómo sería posible que cualquier hombre, y menos una mujer, pudiera entrar en esta habitación por la noche sin pasar por encima de tu sirviente en el umbral? Por favor, considera el asunto y te darás cuenta de que has sido profundamente impresionado por algún sueño.

Pero el príncipe, enfurecido, insistió en saber quién y dónde estaba la dama, y no quiso ser persuadido por todas las protestas del visir en contrario de que la trama no era idea suya. Finalmente, perdiendo la paciencia, agarró al visir por la barba.

—Detente, príncipe —gritó el infeliz visir—, detente y escucha lo que tengo que decir.

El príncipe hizo una pausa.

—Confieso, príncipe —dijo el visir—, que hay algo de fundamento en lo que dices. Pero sabes bien que un ministro debe cumplir las órdenes de su señor. Permíteme marchar y llevarle al rey cualquier mensaje que elijas enviar.

—Muy bien —dijo el príncipe—; entonces ve y dile que consiento en casarme con la dama que él envió o trajo aquí anoche. Sé rápido y tráeme su respuesta.

El visir se inclinó hasta el suelo y se apresuró a salir de la habitación y de la torre.

—Y bien —preguntó el rey tan pronto como apareció—, ¿cómo encontraste a mi hijo?

—¡Ay, señor! —fue la respuesta—, ¡el informe del sirviente es tristemente cierto!

Luego dio un relato detallado de su entrevista con Zafir y de la furia del príncipe cuando se le dijo que no era posible que ninguna dama hubiera entrado en su habitación, y del trato que él mismo había recibido. El rey, muy angustiado, decidió esclarecer el asunto por sí mismo, y, ordenando al visir que lo siguiera, se dirigió a visitar a su hijo.

El príncipe recibió a su padre con profundo respeto, y el rey, haciéndolo sentar a su lado, le hizo varias preguntas, a las que Zafir respondió con mucho sentido común. Finalmente, el rey dijo:

—Hijo mío, por favor, cuéntame sobre la dama que, se dice, estuvo en tu habitación anoche.

—Señor —respondió el príncipe—, le ruego que no aumente mi aflicción en este asunto, sino que más bien me haga feliz dándomela en matrimonio. Por mucho que antes me opusiera al matrimonio, la vista de esta encantadora joven ha superado todos mis prejuicios, y con gratitud la recibiré de sus manos.

El rey quedó casi sin habla al escuchar a su hijo, pero después de un tiempo le aseguró solemnemente que no sabía nada en absoluto acerca de la dama en cuestión, y que no había participado en su aparición. Luego pidió al príncipe que le relatara toda la historia.

Zafir lo hizo con gran detalle, mostró el anillo e imploró a su padre que le ayudara a encontrar a la novia que tan ardientemente deseaba.

—Después de todo lo que me cuentas —comentó el rey—, ya no puedo dudar de tu palabra; pero cómo y de dónde vino la dama, o por qué debería haber permanecido tan poco tiempo, no puedo imaginar. Todo el asunto es realmente misterioso. Vamos, querido hijo, esperemos juntos días más felices.

Diciendo esto, el rey tomó a Zafir de la mano y lo llevó de vuelta al palacio, donde el príncipe se retiró a su cama y se entregó a la desesperación, mientras que el rey descuidó por completo los asuntos de estado.

El primer ministro, que era la única persona admitida, finalmente sintió que era su deber decirle al rey cuánto se quejaban la corte y todo el pueblo de su reclusión, y lo malo que era para la nación. Instó al sultán a trasladarse con el príncipe a una encantadora isleta cercana, desde donde podría asistir fácilmente a audiencias públicas y donde el hermoso paisaje y el aire fresco le harían tanto bien al enfermo que podría soportar la ocasional ausencia de su padre.

El rey aprobó el plan, y tan pronto como el castillo en la isla pudo ser preparado para su recepción, él y el príncipe llegaron allí, y Schahzaman nunca dejaba a su hijo excepto para las audiencias públicas prescritas dos veces a la semana.

Mientras todo esto ocurría en la capital de Schahzaman, los dos genios habían llevado cuidadosamente a la Princesa de China de vuelta a su propio palacio y la habían vuelto a colocar en su cama. Al despertar la mañana siguiente, primero se giró de un lado a otro y luego, al encontrarse sola, llamó a gritos a sus doncellas.

—Díganme —exclamó—, ¿dónde está el joven que amo tanto y que durmió junto a mí anoche?

—Princesa —exclamó la nodriza—, no podemos decir de qué habla sin más explicación.

—¿Cómo? —continuó la princesa—. El joven más encantador y hermoso yacía durmiendo a mi lado anoche. Hice todo lo posible por despertarlo, pero en vano.

—Su Alteza Real desea burlarse de nosotras —dijo la nodriza—. ¿Es su voluntad levantarse?

—Hablo muy en serio —insistió la princesa—, y quiero saber dónde está.

—Pero, Princesa —dijo la nodriza—, la dejamos completamente sola anoche, y no hemos visto a nadie entrar en su habitación desde entonces.

Ante esto, la princesa perdió toda la paciencia, y tomando a la nodriza por el cabello, le dio una buena bofetada, gritando: —Me lo dirás, bruja vieja, o te mataré.

La nodriza tuvo no poca dificultad en escapar y se apresuró a acudir a la reina, a quien relató toda la historia con lágrimas en los ojos.

—Vea, señora —concluyó—, que la princesa debe haber perdido el juicio. Si tan solo viniese a verla, podría juzgar por sí misma.

La reina se apresuró a los aposentos de su hija y, tras abrazarla tiernamente, le preguntó por qué había tratado tan mal a su nodriza.

—Señora —dijo la princesa—, percibo que su Majestad desea burlarse de mí, pero puedo asegurarle que nunca me casaré con nadie excepto el encantador joven a quien vi anoche. Debe saber dónde está, así que por favor, mándelo llamar.

La reina se sorprendió mucho con estas palabras, pero cuando declaró que no sabía nada al respecto, la princesa perdió todo respeto y respondió que si no la permitían casarse como deseaba, se mataría. En vano la reina trató de calmarla y hacerla entrar en razón.

El rey mismo vino a conocer la verdad del asunto, pero la princesa solo persistía en su historia y, como prueba, mostró el anillo en su dedo. El rey no sabía qué pensar de todo esto, pero terminó creyendo que su hija estaba más loca que nunca y, sin más argumentos, la hizo encerrar aún más estrictamente, solo permitiendo que su nodriza la atendiera y con una guardia poderosa custodiando la puerta.

Luego, reunió a su consejo y, tras contarles el triste estado de las cosas, añadió:

—Si alguno de ustedes logra curar a la princesa, se la daré en matrimonio y será mi heredero.

Un anciano emir presente, encendido por el deseo de poseer una joven y hermosa esposa y gobernar un gran reino, se ofreció a intentar las artes mágicas con las que estaba familiarizado.

—Puede intentarlo con todo gusto —dijo el rey—, pero pongo una condición: que si falla, perderá su vida.

El emir aceptó la condición, y el rey lo condujo ante la princesa, quien, cubriéndose el rostro, comentó:

—Me sorprende, señor, que traiga a un desconocido a mi presencia.

—No hay necesidad de que te escandalices —dijo el rey—; este es uno de mis emires que pide tu mano en matrimonio.

—Señor —respondió la princesa—, este no es el que me diste antes y cuyo anillo llevo. Permíteme decir que no aceptaré a otro.

El emir, que había esperado oír a la princesa hablar con tonterías, al descubrir cuán tranquila y razonable estaba, aseguró al rey que no se atrevía a emprender una cura, pero ofreció su cabeza a disposición de su Majestad, ante lo cual el monarca, justamente irritado, mandó a cortarla.

Este fue el primero de muchos pretendientes de la princesa cuya incapacidad para curarla les costó la vida.

Ahora bien, sucedió que después de que las cosas habían estado en este estado durante algún tiempo, el hijo de la nodriza, Marzavan, regresó de sus viajes. Había estado en muchos países y aprendido muchas cosas, incluyendo astrología. No hace falta decir que una de las primeras cosas que su madre le contó fue el triste estado de la princesa, su hermana. Marzavan preguntó si ella no podría gestionar que él viera a la princesa sin que el rey lo supiera.

Después de algunas consideraciones, su madre consintió e incluso persuadió al eunuco que estaba de guardia para que no pusiera objeción alguna a la entrada de Marzavan en los aposentos reales.

La princesa se alegró mucho de ver a su hermano nuevamente y, después de una conversación, le confió toda su historia y la causa de su encierro.

Marzavan la escuchó con los ojos agachados y la máxima atención. Cuando ella terminó de hablar, dijo:

—Si lo que me cuentas, Princesa, es realmente cierto, no pierdo la esperanza de encontrar consuelo para ti. Ten paciencia un poco más. Saldré de inmediato para explorar otros países, y cuando oigas de mi regreso ten por seguro que aquel por el cual suspiras no estará lejos.

Dicho esto, se despidió y al día siguiente partió en sus viajes.

Marzavan viajó de ciudad en ciudad y de isla en provincia, y dondequiera que iba escuchaba a la gente hablar de la extraña historia de la princesa Lina, como se llamaba a la Princesa de China.

Después de cuatro meses, llegó a una gran ciudad portuaria llamada Torf, y allí ya no oyó más acerca de la princesa Lina, pero sí mucho sobre el príncipe Zafir, que se decía que estaba enfermo, y cuya historia sonaba muy similar a la de la princesa Lina.

Marzavan se regocijó y partió de inmediato hacia la residencia del príncipe Zafir. El barco en el que se embarcó tuvo un viaje próspero hasta que llegó a la vista de la capital del rey Schahzaman, pero justo cuando estaba a punto de entrar en el puerto, de repente golpeó una roca y naufragó a la vista del palacio donde el príncipe vivía con su padre y el gran visir.

Marzavan, que nadaba bien, se lanzó al mar y logró llegar a tierra cerca del palacio, donde fue amablemente recibido, y después de recibir ropa seca, fue llevado ante el gran visir. El visir de inmediato se sintió atraído por el porte superior y la inteligente conversación del joven, y al percibir que había adquirido mucha experiencia durante sus viajes, le dijo:

—¡Ah, cuánto desearía que hubieras aprendido algún secreto que pudiera permitirte curar una enfermedad que ha sumido a esta corte en la aflicción durante algún tiempo!

Marzavan respondió que si sabía cuál era la enfermedad, posiblemente podría sugerir un remedio, ante lo cual el visir le relató toda la historia del príncipe Zafir.

Al escuchar esto, Marzavan se regocijó internamente, pues estaba seguro de que finalmente había descubierto el objeto de la fascinación de la princesa Lina. Sin embargo, no dijo nada, pero pidió permiso para ver al príncipe.

Al entrar en la habitación real, lo primero que le llamó la atención fue el propio príncipe, que yacía estirado en su cama con los ojos cerrados. El rey estaba cerca de él, pero sin prestar atención a su presencia, Marzavan exclamó:

—¡Cielos! ¡Qué semejanza tan notable!

Y, de hecho, había una gran similitud entre los rasgos de Zafir y los de la princesa de China.

Estas palabras hicieron que el príncipe abriera los ojos con una languidez curiosa, y Marzavan aprovechó este momento para felicitarlo, consiguiendo al mismo tiempo expresar la situación de la princesa de China en términos que, si bien eran ininteligibles para el sultán y su visir, dejaron claro al príncipe que su visitante podía darle alguna bienvenida información.

El príncipe rogó a su padre que le concediera el favor de una entrevista privada con Marzavan, y al rey le complació encontrar a su hijo tan interesado. Tan pronto como quedaron solos, Marzavan le contó al príncipe la historia de la princesa Lina y sus sufrimientos, añadiendo:

—Estoy convencido de que solo tú puedes curarla; pero antes de emprender un viaje a un lugar tan distante debes estar sano y fuerte, así que haz todo lo posible por recuperarte lo más pronto posible.

Estas palabras tuvieron un gran efecto en el príncipe, que se animó tanto con las esperanzas que se le ofrecían que declaró sentirse capaz de levantarse y vestirse. El rey se alegró enormemente del resultado de la entrevista con Marzavan y ordenó celebraciones públicas en honor a la recuperación del príncipe.

Antes de mucho tiempo, el príncipe recobró completamente su estado original de salud, y tan pronto como se sintió realmente fuerte, llevó a Marzavan aparte y le dijo:

—Ahora es el momento de cumplir tu promesa. Estoy tan impaciente por ver de nuevo a mi amada princesa que estoy seguro de que volveré a enfermar si no partimos pronto. El único obstáculo es el tierno cuidado de mi padre, pues, como habrás notado, no puede soportar tenerme fuera de su vista.

—Príncipe —respondió Marzavan—, ya he pensado en el asunto, y esto es lo que me parece el mejor plan. No has salido al aire libre desde mi llegada. Pide permiso al rey para ir conmigo de caza durante dos o tres días, y cuando te lo conceda, ordena que se preparen dos buenos caballos para cada uno de nosotros. Deja todo lo demás en mis manos.

Al día siguiente, el príncipe aprovechó una oportunidad favorable para hacer su petición, y el rey la concedió con gusto con la condición de que solo pasaran una noche fuera por miedo a una fatiga excesiva tras una enfermedad tan larga.

A la mañana siguiente, el príncipe Zafir y Marzavan partieron temprano, acompañados por dos muchachos que llevaban los dos caballos adicionales. Cazaron un poco por el camino, pero tomaron precauciones para alejarse lo más posible de los pueblos. Al caer la noche, llegaron a una posada, donde cenaron y durmieron hasta la medianoche. Luego, Marzavan despertó y alertó al príncipe sin perturbar a nadie más. Rogó al príncipe que le diera la capa que había estado usando y se pusiera otra que habían traído. Montaron sus segundos caballos, y Marzavan llevó uno de los caballos de los muchachos por la brida.

Al amanecer, nuestros viajeros se encontraron donde se cruzaban cuatro caminos en medio del bosque. Aquí, Marzavan pidió al príncipe que esperara, y llevando al caballo del muchacho a una parte densa del bosque, le cortó la garganta, empapó la capa del príncipe en su sangre y, habiéndose reunido nuevamente con el príncipe, arrojó la capa en el suelo donde los caminos se separaban.

En respuesta a las preguntas de Zafir sobre la razón de esto, Marzavan explicó que la única oportunidad que tenían de continuar su viaje era desviar la atención creando la idea de la muerte del príncipe. —Sin duda, tu padre estará sumido en la más profunda tristeza —prosiguió—, pero su alegría al verte regresar será mucho mayor.

El príncipe y su compañero continuaron su viaje por tierra y mar, y como habían traído suficiente dinero para cubrir sus gastos, no tuvieron retrasos innecesarios. Finalmente, llegaron a la capital de China, donde pasaron tres días en un alojamiento adecuado para recuperarse de sus fatigas.

Durante este tiempo, Marzavan hizo preparar un atuendo de astrólogo para el príncipe. Luego fueron a los baños, tras lo cual el príncipe se puso la túnica de astrólogo y fue conducido a la vista del palacio del rey por Marzavan, quien lo dejó allí y se fue a consultar con su madre, la nodriza de la princesa.

Mientras tanto, el príncipe, siguiendo las instrucciones de Marzavan, se acercó a las puertas del palacio y proclamó en voz alta:

—Soy un astrólogo y vengo a devolver la salud a la Princesa Lina, hija del altísimo y poderoso Rey de China, bajo las condiciones establecidas por Su Majestad de casarme con ella si tengo éxito, o de perder mi vida si fracaso.

Había pasado algún tiempo desde que alguien se había presentado para correr el terrible riesgo de intentar curar a la princesa, y pronto una multitud se reunió alrededor del príncipe. Al percibir su juventud, buen aspecto y porte distinguido, todos sintieron lástima por él.

—¿Qué estás pensando, señor? —exclamaron algunos—. ¿Por qué exponerte a una muerte segura? ¿No son suficientes advertencias las cabezas que ves expuestas en la muralla de la ciudad? Por amor de Dios, abandona esta idea loca y retírate mientras puedas.

Pero el príncipe permaneció firme, y solo repitió su proclamación con mayor seguridad, para horror de la multitud.

—¡Está decidido a morir! —gritaban—; ¡Que el cielo tenga piedad de él!

Zafir ahora gritó por tercera vez, y finalmente el gran visir mismo salió y lo llevó adentro.

El primer ministro llevó al príncipe ante el rey, quien quedó muy impresionado por el noble aire de este nuevo aventurero y sintió tal lástima por el destino tan evidentemente reservado para él, que trató de persuadir al joven a renunciar a su proyecto.

Pero Zafir, educadamente pero con firmeza, persistió en sus intenciones, y al fin el rey pidió al eunuco que tenía la guardia de los aposentos de la princesa que condujera al astrólogo a su presencia.

El eunuco abrió el camino por largos pasillos, y Zafir lo siguió rápidamente, ansioso por alcanzar el objeto de sus deseos. Finalmente llegaron a una gran sala que era la antesala de la habitación de la princesa, y aquí Zafir dijo al eunuco:

—Ahora debes elegir. ¿Curaré a la princesa en su propia presencia, o lo haré desde aquí sin verla?

El eunuco, que había expresado muchas dudas despectivas sobre los poderes del recién llegado mientras caminaban, se sorprendió mucho y dijo:

—Si realmente puedes curar, no importa cuándo lo hagas. Tu fama será igualmente grande.

—Muy bien —respondió el príncipe—. Entonces, aunque estoy impaciente por ver a la princesa, efectuaré la cura donde estoy, para mejor convencerte de mi poder.

Sacó su estuche de escritura y escribió lo siguiente:

—¡Adorable princesa! El enamorado Zafir nunca ha olvidado el momento en el que, contemplando tu belleza dormida, te entregó su corazón. Como en ese momento se le privó de la felicidad de conversar contigo, se atrevió a darte su anillo como muestra de su amor y a tomar el tuyo a cambio, el cual ahora encierra en esta carta. Si te dignas devolvérselo, será el más feliz de los mortales; si no, se resignará a la muerte, sabiendo que lo hace por amor a ti. Espera tu respuesta en tu antesala.

Al finalizar esta nota, el príncipe cuidadosamente encerró el anillo en ella sin permitir que el eunuco lo viera, y le entregó la carta, diciendo:

—Lleva esto a tu señora, mi amigo, y si al leerla y ver su contenido no se cura instantáneamente, puedes llamarme un impostor impúdico.

El eunuco entró de inmediato en la habitación de la princesa y, entregándole la carta, dijo:

—Princesa, ha llegado un nuevo astrólogo que declara que te curarás tan pronto como leas esta carta y veas su contenido.

La princesa tomó la nota y la abrió con indiferencia lánguida. Pero apenas vio su anillo cuando, con apenas una mirada al escrito, se levantó apresuradamente y, de un salto, llegó a la puerta, apartando las cortinas. Allí, ella y el príncipe se reconocieron, y en un momento se encontraron abrazados tiernamente, asombrándose de cómo se habían reunido al fin tras tan larga separación. La nodriza, que había corrido tras su encargada, los llevó de vuelta a la habitación interior, donde la princesa devolvió su anillo a Zafir.

—Tómalo de vuelta —dijo ella—, no podría conservarlo sin devolverte el tuyo, y estoy decidida a llevarlo mientras viva.

Mientras tanto, el eunuco había corrido de regreso al rey.

—Señor —exclamó—, todos los doctores y astrólogos anteriores no eran más que charlatanes. Este hombre ha curado a la princesa sin siquiera verla.

Luego relató todo al rey, quien, lleno de alegría, se apresuró a los aposentos de su hija, donde, después de abrazarla, puso su mano en la del príncipe, diciendo:

—Feliz extraño, cumplo mi promesa y te doy a mi hija por esposa, seas quien seas. Pero si no me equivoco, tu condición es más exaltada de lo que aparentas.

El príncipe agradeció al rey en los términos más cálidos y respetuosos y añadió:

—En cuanto a mi persona, su Majestad ha adivinado correctamente; no soy un astrólogo. Es solo un disfraz que asumí para merecer su ilustre alianza. Soy un príncipe, mi nombre es Zafir, y mi padre es Schahzaman, rey de las Islas de Zharimah.

Luego contó toda su historia, incluyendo la forma extraordinaria en que vio y amó por primera vez a la princesa Lina.

Cuando terminó, el rey exclamó:

—Una historia tan notable no debe perderse para la posteridad. Se inscribirá en los archivos de mi reino y se publicará por doquier.

La boda se celebró al día siguiente con gran regocijo. Marzavan no fue olvidado, sino que se le otorgó un puesto lucrativo en la corte, con la promesa de un futuro ascenso. El príncipe y la princesa eran ahora completamente felices, y los meses pasaban sin que se dieran cuenta en el disfrute de la compañía del otro.

¡Muchas gracias!

Esperamos que haya disfrutado de esta narración. En Heroe.com, como una pequeña pero apasionada editorial independiente, nos sentiríamos profundamente honrados si decide compartir este archivo con otros amantes de la literatura. Su apoyo nos ayuda a cumplir nuestra misión de llevar grandes obras literarias a todos los rincones del mundo.

A través del siguiente enlace, podrá descubrir diversas maneras de compartir este archivo y contribuir a la difusión de la literatura global. Además, encontrará la narración completa de este relato y muchos otros, disponibles de manera gratuita, para que siga explorando y disfrutando de nuevas historias.

Gracias por ser parte de nuestra comunidad de lectores y por ayudarnos a expandir el amor por la literatura.



<https://heroe.com/relato/el-principe-zafir-y-la-princesa-lina>